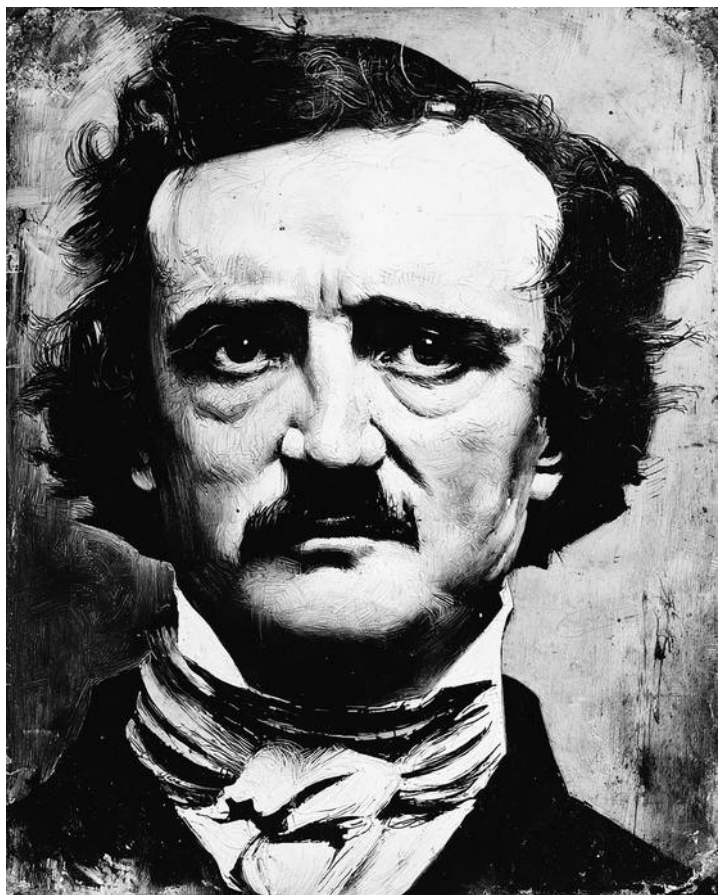


**LOS MEJORES RELATOS POLICÍACOS DE
EDGAR ALLAN POE**

PRIMEROS CAPÍTULO PROMOCIONAL



LOS MEJORES **RELATOS POLICÍACOS** DE

EDGAR
ALLAN **POE**

DISEÑO E ILUSTRACIÓN DE PORTADA:
SANTY (tifanymorlas@gmail.com)

 **MESTAS EDICIONES**

LAS MEJORES HISTORIAS POLICÍACAS

© MESTAS EDICIONES, S.L.

Avda. de Guadalix, 103

28120 Algete, Madrid

Tel. 91 886 43 80

Fax: 91 886 47 19

E-mail: info@mestasediciones.com

www.mestasediciones.com

<https://www.facebook.com/MestasEdiciones/>

<https://www.instagram.com/MestasEdiciones/>

<https://x.com/MestasEdiciones/>

© Derechos de Traducción: Mestas Ediciones, S.L.

Correcciones: L.T.

Diseño e ilustración de portada:

SANTY (tifanymorlas@gmail.com)

Ilustración interior: Mestas Ediciones

Primera edición: *Octubre, 2025*

ISBN: 978-84-10067-64-6

Depósito legal: M-16334-2025

ISBN Pack: 978-84-10067-68-4

Printed in Spain – Impreso en España.

Reservados todos los derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

INTRODUCCIÓN

Hay una forma de inteligencia que no se jacta de sus logros, que no alardea con voz sonora ni se exhibe en foros públicos. Es una inteligencia que se esconde tras las cortinas, que observa en silencio, que reúne piezas dispersas como quien arma un rompecabezas invisible para los demás. Esa inteligencia tiene nombre y apellido: C. Auguste Dupin. Y su creador, Edgar Allan Poe, fue el primero en comprender que la lógica pura, cuando se afila con imaginación, puede resolver hasta los crímenes más inverosímiles.

Los tres relatos reunidos en este volumen no son solo el embrión de la literatura detectivesca moderna, son una declaración de principios. Poe no quería simplemente narrar enigmas; quería demostrar que la mente humana, si se libera de las cadenas del prejuicio, puede llegar donde la policía fracasa, donde la razón común se pierde en callejones sin salida. Con estos cuentos dio a luz un nuevo género que, más allá del crimen, explora el método. Porque aquí no se trata tanto de quién fue, sino de cómo llegamos a saberlo. Y en ese *cómo* reside todo el arte.

Cuando Poe publica *Los crímenes de la calle Morgue* en 1841, el mundo todavía no conocía a Sherlock Holmes, ni a Hércules Poirot, ni a Miss Marple. El concepto de «detective» como personaje literario estaba por inventarse. Fue este genio literario quien encendió esa mecha, y lo hizo con una audacia absoluta. ¿Qué tenía en mente? Nada menos que desmontar

la maquinaria del crimen con herramientas que, hasta entonces, se usaban para la poesía: la intuición, la sensibilidad, la observación obsesiva. Dupin, su alter ego narrativo, no es un policía ni un fiscal, es un lector del mundo. Su método, bautizado por él mismo como «ratiocinación», mezcla lógica deductiva con una comprensión casi poética del comportamiento humano. Observa lo que nadie mira. Se detiene donde todos pasan de largo. Este relato inaugura el género con una escena brutal y desconcertante: dos mujeres aparecen asesinadas en circunstancias aparentemente imposibles. La policía, perpleja, se ve obligada a rendirse ante la lucidez insólita de Dupin, que desentraña el caso con una mezcla de frialdad analítica y humor irónico.

En *El misterio de Marie Rogêt*, Poe se atreve con un caso real: el asesinato de Mary Cecilia Rogers, que conmocionó a Nueva York en 1841. Transforma los hechos en ficción, traslada la acción a París, pero conserva el enigma intacto. Lo fascinante aquí no es tanto la solución del crimen —que se resiste a cerrarse del todo— como el análisis meticuloso que Dupin realiza, desmenuzando hipótesis, desmontando con precisión quirúrgica cada error de juicio popular. Esta narración, más ensayística que narrativa en ocasiones, desafía al lector a pensar más allá de la primera impresión. Porque este alquimista de lo racional sabe que la verdad no siempre grita: a veces susurra en los márgenes.

Y llegamos a *La carta robada*, la joya más sutil del tríptico. Aquí no hay cadáveres ni escenas de horror. Solo una carta perdida, oculta a plena vista. Lo que el autor propone es una lección magistral sobre el arte de la estrategia mental. La solución es tan simple como brillante, y sin embargo burla por completo al cuerpo policial. Esta narración, con su atmósfera casi teatral, demuestra que la mente más aguda no es la que rebusca en lo profundo, sino la que sabe mirar en lo evidente.

La perspicacia, nos dice Poe, consiste en ponerse en la piel del adversario, anticipar su juego, leer sus pensamientos como un libro abierto.

Estos tres relatos comparten un universo. Un París que es, en realidad, una alegoría del entendimiento humano. Calles laberínticas, habitaciones cerradas, documentos escondidos, crímenes inexplicables: todo responde a una lógica interna que solo el lector paciente y curioso podrá desentrañar. Este arquitecto del enigma escribe para retar. Su prosa afilada, sus diálogos cargados de ironía, su gusto por el detalle técnico, construyen un mundo en el que cada palabra es una pista. Y en ese mundo, el lector es invitado a jugar, a pensar, a convertirse en detective por un rato. A pesar de su brevedad, estos cuentos concentran más inteligencia narrativa que muchas novelas enteras. Son el esqueleto sobre el que se erige toda la tradición detectivesca posterior. Sin este escritor y su personaje, no existiría el Holmes de Conan Doyle, ni el Dupinismo literario que llega hasta nuestros días en series, películas y novelas de intriga. Pero reducir a Poe al padre del género policial sería un error. Él es, sobre todo, un poeta del intelecto. Un artista que supo que el crimen no se resuelve con fuerza, más bien con lucidez. Su vigencia no se explica únicamente por su influencia. Se explica porque sus textos siguen desafiándonos. Nos obligan a cuestionar lo evidente, a desconfiar de las apariencias, a afilar la mente como un bisturí. Leer estos relatos hoy es una experiencia intelectual y estética. Una travesía por la arquitectura del ingenio. Una celebración de la inteligencia como forma de arte. Así que adelante: abre la primera página, acomódate en tu sillón favorito y prepárate para asistir al espectáculo de un intelecto en acción. Estos enigmas no te lo pondrán fácil. Pero si aceptas el reto, el viaje será inolvidable.

El editor

LOS CRÍMENES DE LA CALLE MORGUE

(The murders in the rue Morgue)





LOS CRÍMENES DE LA CALLE MORGUE

La canción que entonaban las sirenas o el nombre que adoptó Aquiles cuando se escondió entre las mujeres son enigmáticas cuestiones, pero que no se encuentran libres de cualquier conjetura.

Sir Thomas Browne

Urnas funerarias

Las peculiaridades de la inteligencia que suelen calificarse como analíticas son, por sí mismas, poco susceptibles de cualquier análisis. Solo podemos apreciarlas a través de los resultados. Sabemos que, para el que las posee en un grado considerable, son fuente de la más dinámica satisfacción. De la misma manera que un hombre robusto disfruta de su destreza física y se embelesa con los ejercicios que ponen en acción su musculatura, el analista encuentra su placer en esa actividad intelectual que consiste en *desentrañar*. Disfruta incluso con las más triviales ocupaciones, siempre que desafíen su talento. Le encantan los enigmas, los acertijos, los jeroglíficos, y cuando los soluciona muestra un sentido de la perspicacia que para una mente normal parece sobrenatural. Los resultados que obtiene, frutos del método en su más esencial y profundo significado, tienen la apariencia de una intuición.

Tal vez la facultad de resolución está muy fortalecida por el estudio de la ciencia matemática, y en esencial por su rama más importante, que injustamente y teniendo solamente en consideración sus operaciones previas, se ha denominado análisis; el análisis *par excellence*. Pero calcular no significa lo mismo que analizar. Así, por ejemplo, un jugador de ajedrez lleva a cabo lo primero sin esforzarse en lo segundo. De lo que se deduce que el ajedrez, en sus efectos sobre la naturaleza de la inteligencia, no está correctamente apreciado.

No pretendo escribir aquí un tratado, sino que prologo un relato algo peculiar, con observaciones a la ligera; por lo que aprovecharé la oportunidad que se me brinda para afirmar que el máximo nivel de la reflexión se pone a prueba por el modesto juego de las damas de una manera más intensa y provechosa que por toda la estudiada frivolidad que caracteriza al ajedrez. En este último, en el que sus piezas tienen movimientos distintos y característicos, con valores diversos y que varían, lo que tan solo es complicado se confunde equivocadamente con lo profundo, un error muy común. Se trata sobre todo de atención. Si esta se descuida un solo momento, se comete un error que produce una pérdida o la derrota.

Como los posibles movimientos son múltiples y además complicados, las posibilidades de un descuido se multiplican, y en nueve de cada diez casos alcanza la victoria el jugador más concentrado y no el más perspicaz. En las damas, por el contrario, donde existe un solo movimiento y las variaciones son mínimas, las posibilidades de un descuido son mucho menores, lo que deja sin tanto protagonismo a

la atención, y las ventajas que obtienen los contrincantes obedecen a una mayor perspicacia.

Para no ser tan abstractos, supongamos una partida de damas con solo cuatro piezas, y donde, como es lógico, no es posible un mínimo descuido. Es obvio que si los jugadores son de un mismo nivel, solo se puede alcanzar la victoria con algún movimiento calculado, fruto de un intenso esfuerzo intelectual. Sin poseer los recursos ordinarios, un analista penetra en el espíritu de su contrincante, se penetra con él, y a menudo logra ver de un solo vistazo el único medio, a veces absurdamente elemental, mediante el cual le puede inducir a un error o conducirlo a un cálculo erróneo.

Desde hace mucho tiempo se menciona el *whist* por la influencia que tiene sobre la facultad de cálculo, y personas del más alto nivel intelectual han hallado en él un deleite difícilmente explicable, dejando a un lado, por su frivolidad, al ajedrez. No existe, sin duda alguna, un juego que ponga a prueba las facultades analíticas, como este. El mejor jugador de ajedrez del mundo no es más que el mejor jugador de ajedrez. Pero ser habilidoso en el *whist* implica una capacidad para el éxito en todas aquellas empresas importantes donde la inteligencia se enfrenta con la inteligencia. Cuando hablo de eficiencia me refiero a esa perfección en el juego que nos lleva hasta la comprensión de todas las fuentes mediante las cuales se puede conseguir una legítima ventaja. No solo son múltiples, también son multiformes. Se suelen hallar en lo más profundo del pensamiento y son del todo inaccesibles para cualquier inteligencia normal. Observar con atención supone recordar con claridad. Así, un ajedrecista concentrado jugará bien al *whist* si las reglas de Hoyle, que se basan en el mero mecanismo del juego, le

son comprensibles de manera satisfactoria. Por eso, poseer una buena memoria y jugar según el libro, son condiciones que por regla general debe cumplir un jugador excelente. Pero la pericia del analista se evidencia en cuestiones que exceden los límites de las mismas reglas. En silencio, procede a realizar cantidad de observaciones y deducciones. Tal vez sus compañeros hagan lo mismo, y la cantidad de información así obtenida no se sustentará tanto en la validez de la deducción como en la calidad de la observación.

Lo importante consiste en saber lo que se debe observar. Nuestro jugador no debe encerrarse en sí mismo ni, dado que su objetivo es el mismo juego, rechazar deducciones que procedan de elementos externos al mismo. Debe examinar la fisonomía de su compañero y compararla meticulosamente con la de cada uno de sus adversarios. Se fija en la manera de distribuir las cartas en cada una de las manos, calculando a menudo las cartas ganadoras y el resto por la manera en que las observan el resto de los jugadores. Percibe cada variación en los rostros a medida que avanza en el juego, recogiendo una gran cantidad de información por las diferencias que aprecia en las distintas expresiones de seguridad, sorpresa, triunfo o decepción. Por la manera de recoger una mano puede juzgar si aquella persona puede ser capaz de repetirla en el mismo palo. Puede reconocer un farol por la forma en que se echan los naipes sobre el tapete.

Cualquier palabra casual o involuntaria, la forma en que cae un naipe accidentalmente, con la consecuente ansiedad o negligencia al intentar ocultarla, la cuenta de las bazas y su orden de colocación, la perplejidad, la duda, el apuro o el temor, facilitan a su percepción, que es intuitiva en apariencia, claras indicaciones sobre la realidad del juego. Cuando

se han jugado las dos o tres primeras manos, conoce a la perfección el juego de cada uno, y desde ese momento maneja sus cartas con tal precisión como si el resto de jugadores enseñaran las suyas.

No debe confundirse nunca el poder analítico con el mero ingenio, puesto que si el analista es ingenioso necesariamente, es frecuente que el individuo ingenioso muestre con nitidez su incapacidad para analizar. Esa facultad constructiva o combinatoria por la que el ingenio suele manifestarse, y a la que los frenólogos^[1], a mi parecer erróneamente, asignan un órgano aparte, considerándola primordial, se ha observado muy frecuentemente en personas cuya inteligencia rozaba la idiotez, provocando la atención general de los estudiosos del carácter. Hay una diferencia mucho mayor entre el ingenio y la aptitud analítica que entre la fantasía y la imaginación, pero ambas tienen una naturaleza rigurosamente análoga. Así podemos comprobar que los ingeniosos tienen una gran fantasía, mientras que un ser verdaderamente imaginativo siempre es un analista.

El relato que sigue a continuación servirá al lector para ilustrarse en una interpretación de las afirmaciones que acabo de realizar.

Residiendo en París, en la primavera y parte del verano de 18..., coincidí allí con un señor llamado C. Auguste Dupin, joven caballero procedente de una excelente familia, e incluso ilustre, al que una serie de acontecimientos desdichados le habían llevado a una pobreza tal que le hizo sucumbir a la energía de su carácter y a olvidarse de sus

[1] Estudiosos y seguidores de una doctrina psicológica según la cual las facultades psíquicas están localizadas en zonas precisas del cerebro y se corresponden con relieves del cráneo.

ambiciones, renunciando a restablecer su propia fortuna. La generosidad de sus acreedores la permitió mantener una pequeña parte de su patrimonio, y esta le producía una pequeña renta que, administrada rigurosamente, le permitía mantener sus necesidades cotidianas, sin preocuparse en absoluto de lo más superfluo. Su único lujo eran los libros, y en París son fáciles de conseguir.

Nuestra primera coincidencia fue en una oscura librería de la calle Montmartre, donde ambos acudimos en busca de un mismo libro, raro y notable volumen, que sirvió para conocernos. Volvimos a vernos con cierta frecuencia. Sentí un gran interés por la historia familiar que Dupin me contaba con tanto detalle, con la ingenuidad y el candor con que un francés se abandona cuando hace confidencias sobre sí mismo. Además, quedé admirado también por la amplitud extraordinaria de sus conocimientos y, sobre todo, mi alma se estremeció por el ardor enaltecido y la vivaz frescura de su imaginación. Todo lo que buscaba en París por aquel entonces, presentí que la amistad de una persona como aquella sería un tesoro inestimable.

Sin reserva alguna, me confié a él. Decidimos que viviríamos juntos durante mi permanencia en la ciudad, y como mi situación financiera era algo más boyante que la suya, conseguí ser el encargado de alquilar y amueblar, en un estilo que coincidiera con el carácter algo fantástico y melancólico que nos era común, una vieja y grotesca mansión abandonada, a causa de motivos que no preguntamos, y que estaba próxima a la ruina en una zona solitaria y aislada de Faubourg Saint-Germain.

Si la rutina de nuestra manera de vivir en aquella casa hubiera sido del conocimiento de la gente, nos habrían considerado locos, eso sí, inofensivos. El aislamiento era perfecto. No se admitían visitantes. El lugar de nuestra reclusión era un secreto guardado celosamente a mis antiguas amistades. En cuanto a Dupin, hacía muchos años que no frecuentaba a nadie y que no se dejaba ver en París. Vivíamos exclusivamente para nosotros.

Una rareza del carácter de mi amigo —no sabría calificarla de otra forma—, consistía en amar la noche. Y a esta *bizarrierie*, como a todas las demás, me abandoné también sin esfuerzo alguno, entregándome a sus singulares caprichos con un total abandono. La negra divinidad no podía acompañarnos siempre, pero podíamos imitar su presencia. Con las primeras luces diurnas, cerrábamos las pesadas persianas de nuestra vieja casa y encendíamos un par de velas que, con un fuerte perfume, lanzaban escasamente unos débiles y pálidos rayos de luz. En mitad de esta tímida claridad, sumíamos nuestras almas en sus sueños; leíamos, escribíamos o conversábamos hasta que el reloj nos advertía de la llegada de la auténtica oscuridad. Entonces salíamos a la calle cogidos del brazo, continuando la plática diaria o vagando sin rumbo hasta altas horas, al mismo tiempo que buscábamos entre las luces y las sombras de la populosa ciudad esas excitaciones innumerables del espíritu que no puede procurar la meditación en silencio.

En estas circunstancias, no podía dejar de notar y admirar —aunque cabía esperarlo de su profunda idealidad— la portentosa aptitud para el análisis de Dupin. Le gustaba especialmente el ejercitarla, no el exhibirla, sin dejar de confesar el placer que aquello le producía. Se vanaglo-

riaba, con una discreta sonrisa, que ante él la mayoría de las personas tenían una especie de ventana a través de la cual podía verles el corazón, y estaba al punto de poder demostrar todas sus afirmaciones con pruebas tan directas como sorprendentes del íntimo conocimiento que había atesorado sobre mí. En aquellos momentos mostraba una actitud fría y abstraída; sus ojos miraban sin ver, mientras su voz, que solía tener un tono de tenor, se elevaba hasta una especie de falsete que habría parecido algo petulante de no mediar sus palabras deliberadas y precisas. Cuando se le observaba en estas disposiciones, pensaba muchas veces en la filosofía del alma doble, divirtiéndome con la idea de un doble Dupin: el Dupin creador y el Dupin analítico.

Por todo esto que he dicho, no debe suponerse que estoy contando algún misterio o escribiendo una novela. Lo que he contado de mi amigo francés es únicamente el resultado de mi excitada inteligencia, tal vez enfermiza. Pero la calidad de sus observaciones durante esos periodos puede apreciarse con más claridad a través de un ejemplo.

Una noche íbamos paseando por una larga y sucia calle, cerca del Palais Royal. Ambos nos habíamos sumido en nuestros propios pensamientos y no habíamos pronunciado una sola palabra desde hacía un cuarto de hora por lo menos. De repente, Dupin dijo estas palabras:

—Sí, es un muchacho demasiado pequeño y estaría mejor en el *Théâtre des Variétés*.

—No hay duda —contesté inconscientemente, pues estaba demasiado absorto en mis reflexiones, y sin percatarme en aquel momento del extraordinario modo en que

sus palabras coincidían con mis pensamientos. Instantes después caí en la cuenta y me asombré profundamente.

»Dupin —dije con gravedad—, lo que ha sucedido va más allá de mi comprensión. No puedo más que confesarle sin rodeo alguno que apenas puedo dar crédito a lo que he oído. ¿Cómo es posible que supiese que yo estaba pensando en...?

Y me detuve aquí, para asegurarme de que sabía, en realidad, en quién estaba pensando.

—En Chantilly —dijo—, ¿por qué se interrumpe usted? Estaba pensando que su pequeña estatura le vetaba los papeles más trágicos.

Era exactamente el tema de mis reflexiones. Chantilly era un antiguo zapatero remendón de la calle Saint—Denis, apasionado del teatro y que había interpretado el papel de Jerjes en la tragedia homónima de Crébillon, logrando únicamente que el público se mofara de él.

—Dígame en nombre de Dios —exclamé— cuál es el método, si hay uno en realidad, que le ha permitido penetrar en lo más profundo de mi pensamiento.

Me encontraba mucho más asombrado de lo que en realidad estaba dispuesto a confesar.

—Ha sido el frutero —contestó mi amigo— el que le llevó a la conclusión de que el remendón de suelas no era lo suficientemente alto como para representar el papel de Jerjes *et id genus omne*.^[2]

—¡El frutero! Me asombra usted; no conozco a ninguno.

[2] «Y para ninguno de su clase». En latín en el original.

—Sí, aquel hombre con el que tropezó cuando entramos en esta calle, hace más o menos un cuarto de hora.

Entonces recordé que, efectivamente, un frutero que llevaba sobre la cabeza una gran cesta de manzanas había estado a punto de derribarme accidentalmente cuando pasamos de la calle C... a la que ahora transitábamos. Pero no era capaz de relacionar qué tenía que ver aquello con Chantilly.

—Se lo explicaré —me dijo Dupin, en quien no se podía suponer charlatanería alguna. Y para que lo pueda comprender con claridad, vamos a remontar en primer lugar el curso de sus meditaciones desde el instante en que le hablé hasta su choque con el dichoso frutero. En sentido inverso, los principales eslabones de la cadena son los siguientes; Chantilly, Orión, el doctor Nichols, Epicuro, la estereotomía, los adoquines y el frutero.

Existen pocas personas que, en cualquier momento de su existencia, no se hayan entretenido en remontar el curso de sus ideas, mediante las cuales han podido obtener alguna conclusión. Frecuentemente se trata de un trabajo muy interesante, y aquel que lo realiza suele quedarse asombrado por la aparente distancia ilimitada y carente de conexión entre el punto de salida y la meta alcanzada. Puede juzgarse así mi asombro cuando oí las palabras que Dupin acababa de pronunciar y me percaté de que se correspondían con la verdad.

—Si estoy en lo cierto —continuó después—, estábamos hablando sobre caballos en el momento que abandonamos la calle C..., siendo este nuestro último tema de conversación. Al cruzar hacia esta calle, un frutero con un enorme

canasto en la cabeza pasó rápidamente a nuestro lado y le arrojó a usted contra un montón de adoquines, en el lugar donde la calzada está en reparación. Pisó una piedra suelta, se resbaló y se torció ligeramente el tobillo; se enfadó, se puso de mal humor, murmuró algunas palabras, se dio la vuelta para mirar el montón de adoquines y continuó andando en silencio. Yo no prestaba especial atención a sus movimientos, pero últimamente el arte de la observación se ha convertido en mí en una verdadera necesidad.

»Mantuvo usted la vista clavada en el pavimento, observando meticulosamente los baches y agujeros del mismo —por lo que comprendí que continuaba pensando en los adoquines—, hasta que llegamos a una callejuela llamaba Lamartine, que, a modo de prueba, se ha pavimentado con bloques sobrepuestos y acoplados con solidez. En el mismo momento de entrar en la calle, su rostro se animó y movió sus labios murmurando, sin duda, la palabra «estereotomía», un término que se ha aplicado a esta clase de pavimento, no sin cierta pretensión. Conozco que usted no puede pronunciar la palabra «estereotomía» sin pensar después en átomos y luego en las teorías de Epicuro.

»Y como no hace mucho tiempo discutimos sobre este tema, recuerdo haberle hecho notar de qué manera tan curiosa —y desconocida— las vagas conjeturas de aquel noble griego se han confirmado en la reciente cosmogonía de las nebulosas. Así comprendí que usted no dejaría de alzar la vista hacia la gran nebulosa de Orión, y estaba convencido de que así lo haría. En efecto, así sucedió, y me convencí de haber seguido sus pasos correctamente hasta aquel momento. Pero en la agria crítica sobre Chantilly que aparecía en el *Musée* de ayer, el satírico periodista hace

ciertas alusiones sobre el cambio de nombre del zapatero al calzarse el coturno^[3], citando un verso latino sobre el que ya hemos hablado frecuentemente:

Perdidit antiquum litera prima sonum^[4].

»Ya le había comentado que este verso se relacionaba con la palabra Orión, que al principio se escribía Urion, y debido a una cierta acritud que se produjo en aquella conversación, estaba seguro de que no la había olvidado. Así pues, era evidente que usted asociaría las dos ideas: Orión y Chantilly, y así lo he comprendido por la manera de sonreír que he observado en sus labios. Usted pensaba en la inmolación del pobre zapatero. Hasta entonces había estado caminando usted con el cuerpo encorvado, pero desde ese mismo momento se irguió, recobrando toda su estatura. Así pues, sentí la seguridad de que pensaba en la diminuta figura de Chantilly, y entonces ha interrumpido sus meditaciones para mencionar que, por ser un hombre de poca estatura, Chantilly estaría mejor en el *Théâtre des Variétés*.

Poco tiempo después de este episodio, hojeábamos la edición de tarde de la *Gazette des Tribunaux*, cuando nos llamó la atención el siguiente titular:

EXTRAORDINARIOS ASESINATOS

[3] Calzado de suela de corcho sumamente gruesa usado por los actores trágicos en la antigüedad grecorromana para aparentar una mayor estatura.

[4] «La primera letra perdió su antiguo sonido».

«Esta misma madrugada, alrededor de las tres, los habitantes del *quartier* Saint-Roch fueron despertados de sus sueños por los espantosos alaridos procedentes de un cuarto piso de la casa situada en la calle Morgue, ocupada por una tal señora L'Espanaye, y su hija, la señorita Camille L'Espanaye. Después de perder algún tiempo intentando infructuosamente entrar en la casa, se forzó con una palanca de hierro la puerta de la entrada, y lograron entrar, por fin, ocho o diez vecinos en compañía de dos gendarmes. Para entonces ya habían cesado los gritos, pero cuando el grupo llegó al primer rellano de las escaleras, se oyeron dos o más voces que estaban discutiendo con violencia y que parecían venir del de la parte superior de la casa. Cuando la gente alcanzó el segundo piso, las voces enmudecieron y reinó una profunda calma. Los vecinos fueron separándose y recorrieron las habitaciones una por una. Cuando llegaron a una gran sala situada en la parte posterior del cuarto piso —cuya puerta estaba cerrada por dentro con llave y debió ser forzada—, se vieron sobrecogidos ante un espectáculo que les produjo tanto horror como asombro.

La habitación se hallaba en el mayor desorden: los muebles rotos y esparcidos en todas direcciones. El colchón de la única cama estaba tirado en mitad del piso. Sobre una de las sillas se encontraba una navaja manchada de sangre. Sobre la chimenea aparecían dos o tres largos y espesos mechones de cabello humano empapados en sangre y que parecía que se habían arrancado de raíz. En el suelo se encontraron cuatro napoleones, un aro adornado con un topacio, tres cucharas de plata grandes, otras tres más pequeñas de *métal d'Alger*, y dos sacos que contenían casi unos cuatro mil francos en oro. Los cajones de la cómoda situada en un rincón

habían sido abiertos y saqueados, al parecer, aunque en ellos quedaban algunos objetos. Se descubrió una pequeña caja fuerte debajo de la cama —no del colchón—. Se encontraba abierta y con su llave en la cerradura. No había nada dentro, salvo unas viejas cartas y otros papeles sin importancia.

No se encontró rastro alguno de la señora L'Espanaye, pero al percatarse de la existencia de una insólita cantidad de hollín al pie de la chimenea, se procedió a su registro, encontrándose, y horroriza decirlo, el cuerpo sin vida de su hija, cabeza abajo, que había sido metido a la fuerza por la estrecha abertura hasta una considerable altura. Aún estaba caliente. Al examinarlo se encontraron en él numerosas rozaduras producidas, sin duda alguna, por la violencia con que había sido introducido, y por la que se necesitó para sacarlo de allí. Su rostro presentaba profundos arañazos, y la garganta tenía negras contusiones y huellas profundas de uñas, como si hubiesen estrangulado a la víctima.

Después de una minuciosa búsqueda en cada rincón de la casa, sin que nada nuevo se encontrara, los vecinos se encaminaron a un pequeño patio pavimentado de la parte trasera de la casa para encontrar el cadáver de la anciana señora, que había sido degollada tan salvajemente que su cabeza se desprendió del cuerpo cuando trataron de levantar el cuerpo. La cabeza había sufrido mutilaciones horribles, así como el cuerpo, que apenas tenía ya aspecto humano.

«Hasta ahora no se ha hallado el menor indicio que permita solucionar este horrible misterio».

El periódico del día siguiente daba algunos nuevos detalles:

La tragedia de la calle Morgue.

Varias personas han sido interrogadas en relación con este extraordinario y terrible suceso, pero no ha trascendido dato alguno que pueda arrojar luz sobre el tema. Detallamos a continuación las declaraciones más importantes que se han obtenido:

- Pauline Dubourg, lavandera, declara conocer desde hacía tres años a ambas víctimas, cuya ropa se ocupaba de limpiar. La madre y la hija parecían vivir en buena armonía y sentían gran cariño la una por la otra. Le pagaban muy bien. Desconocía su modo de vida y sus medios para subsistir. Creía que la señora L'Espanaye leía la buenventura para ganarse el sustento. Tenía fama de guardar algún dinero escondido. Nunca vio a otras personas en la casa cuando acudía a buscar o a devolver la ropa. Tenía la seguridad de que no poseían criado o criada alguno a su servicio. No había ningún mueble en la casa, a excepción de los del cuarto piso.

- Pierre Moreau, estanquero, declara que desde hace unos cuatro años vendía a la señora L'Espanaye pequeñas cantidades de tabaco y de rapé. Nació en la vecindad y siempre ha residido allí. La muerta y su hija vivían en la casa donde se había encontrado el cadáver desde hacía más de seis años. Antes residía en ella un joyero que rentaba las habitaciones de la parte superior a diversos inquilinos. La casa era propiedad de la señora L'Espanaye, que descontenta con los abusos de su inquilino, decidió trasladarse al inmueble de su propiedad, negándose a alquilar ninguna de sus habitaciones. La anciana señora daba muestras de senilidad. El testigo había visto a su hija unas cinco o seis veces a lo

largo de esos seis años. Las dos llevaban una vida muy apartada de la gente y se comentaba que tenían dinero. Había oído comentar a sus vecinos que la señora L'Espanaye leía la buenaventura, pero no se lo creía. Nunca vio entrar a nadie, excepto a la anciana y a su hija, una o dos veces a un chico de servicio, y a un médico que los visitó en ocho o diez ocasiones.

Otros muchos vecinos han dado testimonios que coincidían. No se mencionó a nadie que frecuentara la casa. Se ignora si la señora L'Espanaye y su hija tenían parientes vivos. En contadas ocasiones abrían las persianas de las ventanas de la fachada principal. Las de atrás permanecían siempre cerradas, a excepción de las de la gran habitación del cuarto piso.

- Isidore Muset, gendarme, ha declarado que lo llamaron hacia las tres de la mañana y que, cuando llegó a la casa, se encontró con unas veinte o treinta personas reunidas que intentaban entrar. Al final forzó la entrada con una bayoneta y no con una palanca de hierro. No le supuso mucho esfuerzo abrirla, pues era de dos hojas y no tenía cerrojos ni arriba ni abajo. Los gritos continuaron hasta que se forzó la puerta, y luego cesaron de repente. Parecían gritos de persona o personas que estaban sufriendo los dolores más intensos; eran agudos y prolongados y no gritos cortos y rápidos. El testigo subió el primero las escaleras con rapidez. Llegando al primer descansillo oyó dos voces que discutían con fuerza y acritud, una de ellas bronca y la otra más aguda y extraña. Pudo entender algunas palabras que provenían de la primera voz, que correspondían a un francés. Con seguridad no era una voz femenina. Logró distinguir las palabras *sacré* y *diable*. La voz más aguda pertenecía a un extranjero,

pero no podría confirmar si se trataba de un hombre o de una mujer. No entendió lo que decía, pero le pareció que se expresaba en español. El testigo también declaró sobre el estado de la habitación y los cadáveres como ya se describió ayer.

- Henri Duval, vecino y platero de profesión, declaró formar parte del grupo que entró primero. En general, confirma la declaración de Muset. En cuanto forzaron la entrada volvieron a cerrarla para mantener alejada a la muchedumbre que se había congregado a pesar de la hora tan temprana. Este testigo cree que la voz aguda pertenecía a un italiano. Con seguridad descarta a un francés. No puede confirmar si se trataba de una voz masculina. Pudo ser de una mujer. No conoce el italiano. No logró distinguir las palabras, pero por su entonación tenía la certeza de que se trataba de un italiano. Conocía a la señora L'Espayne y a su hija, pues conversaba con ellas frecuentemente. Tenía el convencimiento de que la voz aguda no pertenecía a ninguna de las dos.

- Odenheimer, restaurateur. Este testigo se ofreció para declarar voluntariamente. Al no hablar francés lo hizo a través de un intérprete. Es de Amsterdam. Pasaba casualmente frente a la casa cuando se oyeron los gritos. Se detuvo unos minutos, puede que unos diez. Los gritos eran prolongados y fuertes, horribles y difíciles de oír. Fue una de las personas que entraron en el edificio. Confirmó todas las declaraciones anteriores en todos sus detalles, excepto en uno. Estaba convencido de que la voz más aguda era de un hombre, y de un francés. No distinguió sus palabras. Pero eran en voz alta y pronunciadas con rapidez, con cierta desigualdad, con algo de miedo e ira a un mismo tiempo.

Era una voz áspera; no tan aguda como áspera. No podía calificarla de aguda. La voz más grave dijo varias veces: *sacré, diable*, y en una ocasión *mon Dieu!*

- Jules Mignaud, un banquero de la empresa *Mignaud e hijos*, de la calle Deloraine. El mayor de los Mignaud. La señora L'Espanaye poseía algunos bienes. Abrió una cuenta en su banco en la primavera del año 18..., ocho años antes. Depositaba con frecuencia pequeñas sumas. Nunca había retirado nada hasta tres días antes de su muerte, cuando sacó en persona cuatro mil francos. Esta cantidad se le pagó en oro y un empleado se la llevó a su domicilio.

- Adolphe Lebon, un empleado de *Mignaud e hijos*, declara que el día de autos, a mediodía, acompañó a su casa con los cuatro mil francos en dos pequeños sacos. Cuando se abrió la puerta apareció la señorita L'Espanaye, que cogió uno de los saquitos, y la señora el otro. Luego saludó y se marchó. No vio a nadie en ese momento en la calle. Era una calle apartada y muy solitaria.

- William Bird, sastre, formaba parte del grupo que entró en la casa. Es inglés y lleva dos años viviendo en París. Fue de los primeros que subió por las escaleras. Oyó voces discutiendo. La más áspera pertenecía a un francés. Pudo distinguir algunas palabras, pero no las recuerda todas. Oyó con claridad: *sacré* y *Mon Dieu*. Al mismo tiempo se oía un escándalo, como si varias personas estuviesen peleándose, se trataba de un ruido de forcejeo, como si arrastrasen algo. La voz aguda era mucho más fuerte que la voz áspera. Tiene la seguridad de que no era de un inglés. Le pareció de un alemán. Podía ser de una mujer. El testigo no entiende el alemán.

Cuatro de los testigos mencionados fueron interrogados de nuevo, y declararon que la puerta de la habitación donde se encontró el cadáver de la señorita L'Esplanaye estaba cerrada por dentro cuando llegaron. Había un profundo silencio cuando llegaron; no se oían quejidos ni ruidos de ninguna clase. No vieron a nadie mientras forzaban la puerta. Las ventanas de la habitación del frente y de la habitación trasera estaban cerradas y fuertemente aseguradas desde el interior. Entre las dos habitaciones había una puerta cerrada pero sin la llave echada. La puerta que comunicaba la habitación del frente con el pasillo estaba cerrada por dentro con llave. Una pequeña habitación situada al frente del cuarto piso, al inicio del pasillo, estaba abierta con la puerta entornada. Se encontraba llena de camas viejas, cajones y cosas parecidas. Se revisaron uno a uno y no se dejó de revisar rincón alguno de la casa. Llamaron a los deshollinadores para que revisaran las chimeneas. La casa tiene cuatro pisos con buhardillas. En el techo había una claraboya fuertemente asegurada con clavos y parece que no se había abierto durante muchos años. Los distintos testigos no se ponen de acuerdo sobre el tiempo transcurrido desde que oyen las voces que se peleaban y la apertura de la puerta de la habitación. Unos aseguran que tres minutos, otros que cinco. Les costó mucho trabajo forzar la puerta.

- Alfonso García, un empresario de pompas fúnebres, que habita en la calle Morgue. Es español y formó parte del grupo que entró en la casa, pero no subió las escaleras. Tiene problemas con sus nervios y miedo a las complicaciones que le puede causar cualquier altercado. Oyó las voces que se peleaban. La más ruda era de un francés. No comprendió

lo que decía. Está seguro que la voz aguda era de un inglés. No entiende el inglés y lo deduce por la entonación.

- Alberto Montani, confitero, uno de los primeros que subió las escaleras. Oyó las voces. La ruda pertenecía a un francés. Entendió algunas palabras. El que estaba hablando reprochaba algo al otro. No entendió las palabras de la voz aguda, que eran rápidas y desiguales. Cree que eran de un ruso. Confirma el resto de testimonios. Es italiano y nunca tuvo ocasión de hablar con un nativo ruso.

Interrogados de nuevo, algunos testigos confirmaron que las chimeneas de todas las habitaciones eran demasiado estrechas para permitir el paso de un ser humano. Los deshollinadores pasaron cepillos cilíndricos que se usan para la limpieza de chimeneas por todos los tubos que había en la casa. No hay paso alguno en la casa por donde se pudiese bajar mientras el grupo subía por las escaleras. El cuerpo de la señorita L'Espanaye se encontraba encajado tan firmemente en la chimenea que no se pudo sacar hasta que cuatro o cinco personas juntaron sus fuerzas.

- Paul Dumas, médico, declaró que lo llamaron al amanecer para que examinase los cuerpos de las víctimas. Estos se encontraban colocados sobre el colchón de la cama que correspondía a la habitación donde se encontró a la señorita L'Espanaye. El cuerpo de la joven estaba lleno de magulladuras y excoriaciones. El que hubiese sido metida en la chimenea explicaba suficientemente esas marcas. La garganta presentaba graves rozaduras. Debajo del mentón tenía algunos profundos arañazos, junto a un grupo de lívidas manchas, que eran resultado, sin duda, de la presión de unos dedos. El rostro estaba muy pálido y sus ojos parecían

salirse de las órbitas. La lengua estaba cortada a medias. Se encontró una enorme contusión en la zona del estómago, producida, parece ser, por la presión de una rodilla. Según la opinión del doctor Dumas, la señorita L'Espanaye había sido estrangulada por una o por varias personas.

El cuerpo de su madre estaba terriblemente mutilado. La pierna y el brazo derechos tenían todos los huesos fracturados, en mayor o menor grado. La tibia izquierda quedó reducida a astillas, al igual que las costillas de ese mismo lado. El cuerpo estaba lleno de contusiones y descolorido. Era imposible determinar con qué armas se habían inferido aquellas heridas. Tal vez un pesado garrote de mano, una barra de hierro ancha, una silla quizá, cualquier arma grande, pesada y contundente, en las manos de un hombre muy robusto, podría producir aquellos resultados. Resultaba imposible para cualquier mujer poder hacerlas, sea cual fuese el arma. La cabeza de la difunta estaba separada del cuerpo y terriblemente golpeada, como el resto. Era obvio que se había seccionado la garganta con un instrumento muy bien afilado, tal vez una navaja.

- Alexandre Etienne, cirujano. Se le llamó junto al doctor Dumas para que examinara los cadáveres. Confirmó las opiniones y testimonios del doctor.

No se han obtenido más datos relevantes, a pesar de haber interrogado a muchas otras personas. Jamás se cometió en las calles de París un crimen tan misterioso e incomprensible..., si es que en realidad era un asesinato. La policía se encuentra confundida, lo que no suele ser habitual en un incidente de estas características. Les resulta imposible encontrar la más pequeña pista sobre el misterioso caso.

Fin de la edición promocional